

Agua

Edgardo Civallero

Hija de la última nieve del invierno o de la primera tormenta de la primavera, el agua brotaba en la cima de la montaña. Surgía gota a gota, brillante y nueva, respetando el ritmo pausado de las cosas de siempre, de las cosas viejas como el cielo y la tierra. Lo hacía en el medio de un prado ralo que se extendía mansamente entre matas de piorno de troncos tortuosos, deshilachados, rojos y resecos. Ésos mismos que añoraban ser cortados y transformados en el picón que solía calentar los braseros de las casas de piedra y teja del valle, allá abajo, allá lejos.

En el prado brotaba, sí, y se encharcaba, escondiendo su timidez entre las tollas antes de dar sus primeros pasos. En aquellas alturas sólo se escuchaba el silbo del viento que trepaba desde el otro lado de la sierra, al norte, y que, agotado por la empinada subida, se detenía a descansar un rato por allí, jugueteando con las ramitas de algunos tomillos silvestres. También se oía, de tanto en tanto, el graznido de alguna graja o el chillido de un buitre leonado, que jugaba a dibujar su silueta contra el sol y a proyectar su sombra sobre el suelo.

Acompañada por esos sonidos, el agua se entretenía meciendo suavemente los tallos y las hojas diminutas de las corujas recién nacidas, que hacía tiempo que habían dejado de sentir el frío filo de las navajas y las formas curvas de las ensaladeras. Y se ocultaba bajo las sombras famélicas de unos espartos tan olvidados como los esparteros que solían recogerlos para elaborar pleitas y tomizas.

Con la pendiente, su andar lento se aceleraba, y comenzaba a bajar hacia el fondo del valle. Aquel movimiento la ponía alegre, y, mientras más rápido iba, más fuerte y cantarina repicaba su voz. Motivos tenía: discurría entre jaras cubiertas por enormes flores blancas en las cuales se posaba alguna mariposa veteada de estrellas, o alguna abeja que aún conservara el instinto melero. Se golpeaba contra las piedras de los canchos grisáceos sembrados de cuarzos, y se despeñaba cada vez más veloz, espumosa a veces, contenta siempre.

Luego lamía unas riberas pobladas de retamas y de matas de cantueso, cuyas preciosas flores, de un violeta resuelto e imposible de imitar, relumbraban fosforescentes. Las lavanderas, las abubillas y los jilgueros la sorbían haciéndole cosquillas con sus picos, allí donde se remansaba y no amenazaba con arrastrarlos. Y algún conejo, algún zorro o un topillo travieso también saciarían su sed en sus orillas, demasiado estrechas para ser incluidas en los mapas, pero no por eso menos importantes.

Tallaba piedras insistentemente, convirtiéndolas en cantos rodados, y se llevaba fango de un lado para depositarlo en el otro y formar playas en las que pudieran dormir plácidamente los saltamontes y aquellos escarabajos aburridos de hacer pelotas. Y cuando se acercaba al valle, comenzaba su discurrir por las caceras, los cauces artificiales que los hombres de antes habían creado diligentemente para orientar su viaje.

Era allí donde se sentía más a gusto, donde alimentaba chopos y alisos, sauces y abedules, espárragos de lupia y helechos arborescentes. Sabía que todos ellos la esperaban, y que sería recibida con alborozo por las zarzas que cruzaban su curso y

extendían sus ramas por encima, como curvos puentes erizados de espinas. Bajo el último de ellos, su carrera se detenía un poco, y su superficie se cubría de hojas secas perdidas por los rebollos el otoño anterior, cuando, paradójicamente, habían decidido desnudarse para resistir las nevadas. Antaño, en esa parte de su trayecto los niños arrojaban agallones de esos mismos árboles y los convertían en galeones imaginarios que surcaban los siete mares compitiendo en velocidad, a la búsqueda de un tesoro fabuloso. Pero aquello era sólo el fragmento de un recuerdo, uno más de un cúmulo de memorias rotas barridas por los vendavales del tiempo.

La cacera la conducía hasta la poza, grande, profunda, circular, con sus bordes cubiertos de juncos y cañas. En su regazo de arcilla se dedicaba a serenarse, a reposar algunos días, a embriagarse con el croar de las ranas y los sapos, a tintinear con la luz de la luna y del lucero del atardecer. Si llovía, el espejo de la poza tiritaba, y se cubría de ondas que se entrelazaban con otras para formar un tejido único que sólo duraba un instante, un segundo, antes de desdibujarse y volverse a componer con nuevas hebras temblorosas. Aquello era maravilloso, irrepetible, fantástico. Aquello valía todo el viaje desde las cimas de las montañas, que ahora reflejaba también en su cara cristalina, junto con los líquenes que trepaban por las cortezas arrugadas de las encinas y los musgos que alfombraban algunas lajas.

A veces, en el firmamento azulino, contemplaba la insólita aparición de las siluetas de las últimas cigüeñas, que iban perdiendo la costumbre de armar sus enormes nidos en los campanarios de las iglesias, o las de los vencejos y aviones, que apenas si seguían volviendo a aquellas tierras en sus migraciones estivales. Otras, sus entrañas eran

surcadas por el ondulante movimiento de las culebras, y otras tantas se engalanaba el rostro con pelusos y gatitos, semillas lanosas que el viento arrastraba y soltaba sobre la poza. Lo que ya no traía el viento era el canto del cuco o el berrido de la corza.

Si se quedaba demasiado tiempo en aquel estanque, su vientre se llenaba de algas, de verdín y del zapateo incansable de los aclaraguas. Por eso, generalmente decidía continuar su andadura dirigiéndose al pilón, un pequeño depósito de piedra rectangular en el que podía saciar la sed del único rebaño de ovejas que quedaba en el pueblo vecino. En el pasado habían sido numerosas las majadas, pero ya de eso apenas si quedaban señales en los relatos de los más viejos. Al abrevadero también se aproximaban mirlos y abejarucos, e incluso una ardilla del cercano bosque de pinos negros. Los caminantes que transitaban la cañada —a cuya vera se alzaba el pilón y su fuente— rara vez se detenían por allí, y los que lo hacían se limitaban a enjuagarse la cara y a seguir, sin siquiera mirar su imagen en el agua, como solían hacer los pastores de los tiempos idos.

Pocos tenían en cuenta su viaje, pocos la observaban o le daban la importancia que merecía. Pues lo cotidiano pasaba desapercibido, aunque se repitiese año tras año y ciclo tras ciclo. Era algo natural. Era corriente, un adjetivo que se le aplicaba a ella con todos sus significados. Esas cosas cotidianas solamente se apreciaban cuando faltaban y no podían suplantarse con nada. Entonces se las echaba de menos. Pero si eran sustituibles, si había algo —por diferente que fuera— que llenara el hueco que habían dejado, ni siquiera merecían el dudoso honor del recuerdo.

Adormecida en el lecho de una acequia, atravesaba las fincas que un día habían sido campos de cultivo tradicional de patatas y judías, hasta que fueron abandonadas y las tamarillas y los dientes de león taparon sus surcos. Lo mismo que hicieron las ortigas con las huertas que habían alimentado por generaciones, de manera infatigable e incondicional, a los habitantes del pueblo. La tristeza que le causaba esa soledad y ese abandono era sólo un prolegómeno de la que la inundaría un poco más adelante, cuando la primera cloaca volcara otras aguas extrañas —llegadas quién sabía de dónde— cargadas de tinieblas turbias y malolientes. A partir de allí, todo era desolación. Los pájaros no se acercaban a beber, ni las ranas a nadar, ni los zorros o mariposas a refrescarse. Quizás los nogales y los álamos blancos se arriesgaran a dejar caer sus hojas sobre su corriente, pero si eso sucedía era porque no tenían más remedio, o por un mero accidente. Sentía, de lejos, las esquilas y los cencerros de algunas vacas —las últimas, también— que masticaban melancólicamente un puñado de pienso y echaban de menos el antiguo forraje, que ya no se les permitía buscar. Su mirada marchita se cubría de plásticos y cartones, y sólo hallaba troncos podridos en medio de las dehesas de rebollos, cuya madera ya nadie podía cortar ni aprovechar.

Así de desahuciada, el agua hija de la última nieve o la primera lluvia se deslizaba por unas lanchas de piedra cenicienta, en donde antiguamente las lavanderas frotaban las ropas, entre chismes y canciones algunas, con las manos agrietadas y las mejillas apagadas otras. Pero eso también había desaparecido. Como lo hicieron muchas fiestas y tradiciones. Igual que se borraron de la memoria los refranes y las viejas palabras. Lo mismo que se perdieron los rebaños y los pastores, las vacas y las yuntas de bueyes.

Como los sembrados y las guadañas, los yugos y los carros, las dulzainas y los panderos, la matanza y el esquileo, las hoces y el centeno, los canteros y los herreros.

El mundo de los hombres y el de los campos, antaño dos caras de una misma moneda, habían sido separados por manos ignotas. Y ambos habían caído bajo el peso de las prisas, las conveniencias y el descuido. El sendero por el que viajaban los primeros se había ensuciado tanto o más que el que usaba aquel arroyo de la montaña. Había extraviado sus colores silvestres, sus aromas de monte y el tacto áspero de las peñas que lo enmarcaban. Aislados, separados de lo que fueron y lo que acostumbraron hacer, los hombres hicieron patente sus pérdidas, su desesperanza y su rabia en todo lo que los rodeaba. Era un camino cuesta abajo, como el de agua, por una acequia estrecha y desprovista de luces. Un camino en un solo sentido que impedía ver el horizonte, el firmamento o el propio suelo que se pisaba.

Oscura y pegajosa, el agua ya no podía hacerse eco del paisaje que la rodeaba: aquí se llenaba de humos y aceites, y un poco más adelante, de espumas que no se deshacían y que la envolvían como una mortaja. Mucho antes de llegar al río que sí estaba marcado en los mapas, la vergüenza que sentía, la desesperanza y la amargura hacían que no le interesase siquiera saber adónde iba.

Pero eso era algo que nadie en aquel mundo se preguntaba. Porque, al fin y al cabo, en aquellas condiciones, ya nada parecía importar. Bastaba con dejarse llevar, como sonámbulos o almas en pena.

Mezclada con las aguas de otros arroyos anónimos que quizás habían bajado desde otras montañas parecidas a la suya y tenían memorias similares, perdida en un desamparo

atroz e insufrible, seguía su viaje hasta los intrincados canales de plástico y metal creados por los hombres de hoy en día para depurarla. Allí intentaban revivirla, curarla de todo el daño que le habían infligido: la filtraban, la aireaban, la removían, la agitaban.

Desprovista de sentidos, aturdida por la velocidad que adquiría todo y abandonándose a su destino, el agua de aquella montaña de tollas y corujas era transportada hasta unos recintos estancos y oscuros, donde se asfixiaba de miedo. Allí dentro no vibraba ninguna vida, ningún viento rizaba su cara, ninguna brizna de hierba seca flotaba sobre ella. Era un universo totalmente estéril, carente de cualquier rasgo que mereciese la pena apreciar. Luego corría por otros canales, igual de cerrados, sin poder reflejar nada, sin cantar, sin hablar, y salía finalmente al aire libre por unos momentos. Sólo unos momentos.

Y allí, la suerte decidiría qué ocurriría cuando se abriera el grifo.

Quizás refrescara un par de manos y una cara, como solía hacer en los pilones con los caminantes y los pastores trashumantes.

Quizás algún niño jugara con ella un rato, como hacían en las caceras sus antepasados, lanzando agallas de roble quejigo.

Quizás lavara alguna ropa, como en las pulidas lanchas de piedra, antiguamente.

Quizás regara algunas de esas plantas de huerta que ya no estaba permitido cultivar, y que algún soñador escondía en su jardín, lejos de la vista de las autoridades.

Quizás saciara la sed de algún pájaro, algún perro, algún gato o, con mucha suerte, la de alguna oveja tan ilegal como las hortalizas y las verduras.

Y luego retomaría la autopista de penumbras que la filtraría una vez más, y volvería a ser aireada y agitada, removida y aclarada, antes de ser liberada bajo el cielo, junto con tantas otras de sus desconocidas hermanas. Y allí, lentamente, comenzaría otro viaje, el más mágico: ése que le permitiría flotar por encima de todo lo que había atravesado.

Era la parte de su recorrido que más amaba, porque era única, salvadora, esperanzadora. Era la que de verdad la limpiaba, la que borraba sus malos recuerdos. La que le demostraba que siempre, siempre había camino por delante. Que se podía reiniciar la marcha y que jamás estaba todo perdido mientras quedase el instinto o la sospecha de que existían otras oportunidades.

Blanca y vaporosa, el agua podía ver de cerca el vuelo de los buitres y las grajas, y podía atisbar desde el cielo el curso que había trazado a través de las generaciones en el suelo. Quizás, si flotaba bajo, rozaría las ramas más altas y finas del pino negro que era hogar de la ardilla del pilón.

Y luego caería, como copos o como gotas, en la cima de la montaña que la vio nacer cuando el tiempo empezó, y que volvía a recibirla como todos los años, aunque siempre con una cara distinta: cada vez más reseca, más desierta, más silenciosa.

Y ella la acariciaría, como siempre había hecho, para tratar de pintarla de verde y llenarla de murmullos y repiques. Y para decirle que, a pesar de las prohibiciones, a pesar de los cambios, a pesar de lo que los olvidadizos dejaran de hacer, a pesar de lo que los inconscientes hicieran, y a pesar de todas las ausencias y tristezas que se sembraran en aquellas tierras suyas, había cosas en el mundo que jamás podrían ser cambiadas. Porque eran muy grandes. Muy fuertes. Muy importantes. Porque estaban

más allá de las facultades de ésos que pretendían limitar todo, ordenar todo, manejar todo. De ésos que habían borrado del mapa de los recuerdos tantas historias, tantas costumbres, tantos latidos grandes y pequeños.

Eran cosas que nadie, jamás, podría alterar, a pesar de que, quizás sin saberlo, lo intentasen a cada momento. Cosas eternas.

Como su viaje, por ejemplo. Un viaje real, cíclico e inevitable.

La hija de la última nieve del invierno o de la primera tormenta de la primavera recomenzaría su aventura cuesta abajo a través de tollas, pozas y caceras, deseando que por una vez, por una única vez, los hombres recordaran los ritmos viejos y pausados, y los ciclos que existieron desde que el mundo era mundo, y sus costumbres pasadas, no por antiguas menos válidas. Que notaran el sufrimiento innecesario que les imponían, a ella y a sus hermanas, y la nada con la que habían ido colmando sus días y sus rincones, y las voces faltantes, ésas que una vez completaron sus vidas. Y que supieran que un día, lejano ya, había habido entre aquellas montañas un arco iris de posibilidades: muchas variantes distintas del hacer y del decir, que luego se redujeron a una sola opción, un decorado insípido por el que se dejaron seducir y que acabó desluciendo sus historias.

Bajaría por los canchos deseando que retornaran a sus estrechas riberas los esparteros, los niños capitanes de agallones y sus gritos de júbilo, los rebaños de ovejas y cabras junto a sus pastores silbando romances, los campos de patatas y los de judías trepándose enredadas por las cañas, las huertas y los sembrados oliendo a fresco, las yuntas de bueyes, las dehesas limpias, las vacas y los caballos pastando en los prados. Y que

desapareciera el manto de inmundicias que le impedía respirar, y los venenos, y las prisas que la turbaban. Y el silencio. Sobre todo el silencio.

Por difícil o imposible que aparentase ser, todo camino podía volver a ser transitado desde donde uno se apartó de él. Había que aprender de los traspiés, recuperar viejas mañas y corregir el rumbo. Ella lo sabía. Por experiencia. Y confiaba en que su ejemplo, tan natural, tan corriente, tan a la vista de todos —aunque, al parecer, fuese tan invisible— sirviera en algún momento de inspiración y motivación. Para que los ritmos pausados de las cosas de siempre volvieran a sentirse, a respetarse y a disfrutarse.